

La voz y la mirada del inmigrante en la obra de tres escritores judío-brasileños

Marilene Marques de Oliveira*

RESUMEN

En un país con una conformación cultural tan heterogénea en cuanto a orígenes étnicos, raciales y religiosos como Brasil, llama la atención una literatura escrita por autores inmigrantes y sus descendientes de primera y segunda generación, pues en ella sobresale la voz del otro (inmigrante, extranjero); se trata de un terreno propicio para escuchar las diferentes voces que conviven en su historia. Las marcas de la alteridad en escritores judíos ayudan a entender los procesos de integración nacional y la construcción de la identidad brasileña, así como a recordar un periodo de xenofobia, racismo y antisemitismo generado y promovido por organismos oficiales que, durante el gobierno de Getúlio Vargas, transformaron al judío en enemigo público nacional. En los textos de tres escritores judío-brasileños (Samuel Rawet, Clarice Lispector y Moacyr Scliar), con estilos muy diferentes entre sí, se encuentra la elaboración de lenguajes literarios que muestran —desde dentro— la presencia de la inmigración judía y su visión de “lo nacional”.

Palabras clave: *literatura brasileña; inmigración; judaísmo; alteridad.*

ABSTRACT

Brazil is a country made up by a heterogeneous cultural medling as to ethnical, racial and religious origins. A literature written there by immigrant authors and by their first and second generation descendants is remarkable because in it the other's voice (the immigrant, the foreigner) stands out. It is a fruitful field to listen to the different voices that converge in its history. The otherness marks in Jewish writers help both to understand the natio-

* Marilene Marques de Oliveira estudió la licenciatura en Letras Portuguesas en la Universidade de Brasília; la maestría en Literatura Iberoamericana, en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y está terminando la tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, en el área de Literatura, también en la UNAM. Sus áreas de investigación son la traducción de lenguas cercanas y estudios de cultura brasileña e hispanoamericanas. Es traductora e intérprete de español-portugués-español. Correo electrónico: <marilene.marques-deoliveira@gmail.com>.

D. R. © 2008. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- *Discurso, teoría y análisis* 29 (primavera, 2008): 79-111. México, D. F. ISSN: 0188 1825/07/02802-04.

nal integration processes and the Brazilian identity building up, as well as to call back a period of xenophobia, racism and anti-semitism brought about and promoted by official organisms which —during Getúlio Vargas' government— turned the Jew into a national public enemy. In three Jewish-Brazilian writers' texts (Samuel Rawet, Clarice Lispector and Moacyr Scliar, whose displayed styles are very different), we find the drawing up of literary languages that show —from the inside— the presence of Jewish immigration and its vision of “the national”.

Key words: *Brazilian literature; immigration; Judaism; alterity.*

I. LA MEMORIA DE LOS INMIGRANTES

El tema del inmigrante en la literatura brasileña aparece primero en textos de escritores locales; en ellos su figura surge la mayoría de las veces como elemento exótico o satírico. En *O cortiço*, de Aluísio Azevedo (1890), escrita en el marco del naturalismo, aparece caricaturizada la figura del inmigrante portugués. Casi cuatro décadas después, en los cuentos de *Brás, Bexiga e Barrafundada* (1928), de Antônio Alcântara Machado —aunque vista con simpatía— se advierte un tono burlesco respecto de la comunidad italiana que comenzaba a poblar São Paulo, pues de ella muestra una imagen estereotipada. Todavía en las novelas de Jorge Amado son comunes las figuras pintorescas, como Nacib, el prototipo de comerciante sirio, conocido por todos —a pesar suyo— como “el turco”, en *Gabriela cravo e canela* (1958). Todos ellos son ejemplo de la mirada del nacional sobre el inmigrante: en ocasiones benévola y complaciente. A veces, burlona; otras, defensora; pero siempre la visión del extranjero por parte de los que están “dentro”.

En general, hay pocos relatos escritos (literarios o no) sobre la inmigración en Brasil; la llegada e incorporación del inmigrante al escenario nacional aparece sólo esporádicamente en las letras, y se dispone aún de menos escritos cuyos autores sean los propios inmigrantes. Tales historias permanecen más bien en la memoria de sus descendientes; sobre todo como relatos orales repetidos en el seno familiar. En parte, acaso, porque muchos de los recién llegados a Brasil —por lo menos en los primeros movimientos migratorios— vinieron a trabajar la tierra, a sustituir la fuerza de trabajo esclavo, toda vez que los organismos

Discurso, teoría y análisis 29 (primavera, 2008): 79-111.

reguladores de la inmigración del gobierno imperial (1822-1889) preferían a las familias de trabajadores rurales y no a los elementos urbanos; por eso la masa de la inmigración estaba constituida en su mayoría por campesinos analfabetos. Otro motivo fue que en distintos momentos políticos la publicación de escritos en lenguas extranjeras (así como la enseñanza de éstas a menores de edad) estuvo prohibida por el gobierno, bajo el argumento de que tal actitud representaba un separatismo cultural y la formación de peligrosos “quistes” sociales.

Apenas escasas anotaciones personales en forma de diarios (escritas en sus propias lenguas) sirvieron como memoria para las familias, y después para personas e instituciones interesadas en el fenómeno. Es el caso del diario de Saádio Lonzinsky, judío ruso que relata su larga travesía junto con su familia por Europa, en su huida de los *pogroms* hasta su llegada a Brasil.¹ Sus apuntes, escritos en yiddish, fueron traducidos al portugués y publicados por su nieto muchos años después de su muerte.

En años posteriores aparece una literatura escrita por inmigrantes, sobre todo por sus descendientes de primera y segunda generación. Son textos que dan espacio a la voz del otro en la literatura nacional. A menudo, tales escritores muestran en ella las marcas del encuentro de dos mundos; son sensibilidades que pueden transitar entre realidades distintas: la de la sociedad brasileña y la de su pasado dentro de otras sociedades. Debe aclararse que no se trata de una literatura extranjera escrita en Brasil, sino de la literatura brasileña, aunque producto de escritores que pertenecen simultáneamente a dos esquemas culturales. En ella podemos encontrar su visión de la historia de la inmigración, así como puntos de vista diferentes sobre la construcción de la sociedad brasileña.

Cualquier pueblo que haya experimentado los movimientos migratorios, queda marcado cultural, política e históricamente por el encuentro entre los unos: los nacionales (lo que constituye el “nosotros”), y los otros: los inmigrantes.² La figura de un “otro” antagonista

¹ Saádio Lozinsky, *Memórias da imigração: reminiscências e reflexões*, traducido por Milton Scarer (Río de Janeiro: Editora Garamond, 1977).

² Estos dos grupos: el nosotros y el ellos o el “los otros”, no son sólo grupos separados, sino la distinción entre dos actitudes: vínculo y discrepancia, confianza y sospecha, seguridad y

(amenaza constante de la que hay que defenderse) es elemento necesario en la composición de todas las ideologías nacionales; el sentimiento de pertenencia a un territorio nace a partir de la noción de la existencia de este “otro”, como lo afirma Edward Said:

[...] el desarrollo y mantenimiento de cualquier cultura requieren la existencia de otro *alter ego* diferente y competitivo. La creación de una identidad [...] implica establecer antagonistas y “otros” cuya realidad está siempre sujeta a una interpretación y a una reinterpretación permanentes de sus diferencias con “nosotros”. Toda época y toda sociedad crea sus “otros”. Lejos de ser algo estático, la identidad de uno mismo o la del otro es un muy elaborado proceso histórico, social, intelectual y político que tiene lugar en un certamen, en el cual intervienen personas e instituciones de todas las sociedades.³

Además de los enemigos externos de Brasil en las guerras por la preservación de sus fronteras, muchos “otros” inventados y superpuestos en épocas históricas y momentos políticos distintos, se sucedieron continuamente dentro del país a lo largo de dos siglos de inmigraciones. Los “otros” fueron primeramente los conquistadores portugueses a los ojos de los indígenas, y éstos, para el portugués; luego, los africanos traídos al país como fuerza de trabajo esclavo. Y, después de la abolición de la esclavitud, italianos, españoles, árabes, japoneses, judíos de varias partes de Europa, esclavos libertos y demás. Los que antes eran los “otros”, con el tiempo y los cambios sociales dejan de ser vistos como tales: empiezan a conformar la realidad del país y se vuelven parte de un “nosotros” plural e híbrido.

miedo, colaboración y competencia. Señala Bauman: “‘Nosotros’ es el grupo al que pertenezco; entiendo lo que ocurre y sé cómo actuar en él; allí me siento cómodo y seguro. Es mi lugar natural, a donde regreso con un sentimiento de alivio. Por el contrario, ‘ellos’ es el grupo al que no puedo ni quiero pertenecer; mi visión de lo que allí ocurre es vaga y fragmentaria, y apenas entiendo la conducta de sus integrantes; por eso es impredecible y me amenaza. Somos ‘nosotros’ en la medida en que hay otros que son ‘ellos’, que forman un grupo de personas que comparte la característica de no ser uno de nosotros; sin esa línea divisoria entre ambos grupos no se puede explicar nuestra identidad. Dicha oposición se presenta como la distinción entre encontrarse dentro y estar fuera del grupo; y no puede haber un sentimiento de pertenencia o de inclusión sin el de exclusión, y viceversa”. Zigmunt Bauman, *Pensando sociológicamente* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1994).

³ Edward W. Said, *Orientalismo* (Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 2004), p. 436.

Con excepción de los colonizadores portugueses y, posteriormente, de los africanos como mano de obra esclava, la inmigración hacia Brasil se inició en 1808 con la apertura de los puertos a las “naciones amigas”. Desde entonces, la entrada de inmigrantes procedentes primero de países europeos, luego de árabes y asiáticos, fue constante hasta mediados de la década de 1930. A lo largo del siglo XIX, la imagen de Brasil descrita en la literatura de viaje de visitantes se centraba en dos aspectos: su exuberante naturaleza y el choque ante la esclavitud. Después de la abolición de ésta (1888), en los intentos de construir una identidad para el nuevo país, los intelectuales locales la veían como la fusión de tres razas formadoras de la nacionalidad: el blanco, el indio y el negro, con este último en el fondo de la jerarquía social. Llevado al país por la fuerza, viviendo como esclavo y considerado ser inferior, el negro se integra al país sólo por medio del mestizaje. El indio ocupó un lugar interesante en la literatura del romanticismo en la que, idealizado, se transformó en una especie de héroe nacional. Aunque el “buen salvaje” del trópico fuera reconocido en la ficción, el indio histórico —que vivía en comunidades aisladas, con lengua distinta y un modo propio de vida, alejado de la vida social, económica, religiosa y política de Brasil— estaba ya casi eliminado del escenario nacional. El blanco ocupaba, desde luego, la cima de la pirámide racial.

El mestizaje de la población constituía un desafío ya que a finales del siglo XIX la mezcla racial se consideraba un mal, pues producía “seres híbridos, que compartían lo peor de cada una de las razas”.⁴ Los intelectuales brasileños creían que esto impediría a Brasil encontrar un lugar entre las naciones civilizadas del mundo; por ello era necesario “blanquear la raza”, proceso que debía estar controlado por los portugueses y sus descendientes, con la ayuda de inmigrantes latinos, blancos y católicos, pues la única manera de “mejorar” al mestizo original era la introducción de más blancos al país. La idea de “unidad nacional” se basaba en la de un modelo blanco-católico, y la entrada de extranjeros al país debía apoyarse en él; de allí que la selección de quienes ingresaran al país tuviera que obedecer ese criterio. Es decir,

⁴ Lucia Lippi Oliveira, “A política brasileira frente a imigração”, en *O Brasil dos imigrantes* (Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2002), p. 17.

además de satisfacer la demanda de fuerza de trabajo, el inmigrante debía contribuir a blanquear la raza. Paralelamente se forjaba la idea de Brasil como la posibilidad de una gran nación en los trópicos con base en tres elementos míticos de la identidad nacional: gran capacidad de adaptación, cordialidad y democracia racial. Este último elemento se entendía en la práctica no como un derecho a la diferencia racial, cultural y religiosa, sino como la posibilidad de igualarse al modelo de blanco-portugués. En consecuencia, estaban excluidos todos los que tuvieran otro color, lengua o religión; quienes tenían preferencia para ingresar al país eran los cercanos en lengua, credo, color y costumbres: portugueses, italianos y españoles.⁵

II. LOS INMIGRANTES JUDÍOS EN BRASIL

En el marco de la inmigración como tema en la literatura brasileña, un papel importante en el rastreo de la memoria de la inmigración y de la construcción de la alteridad es la literatura de escritores judíos. Actualmente, una cantidad significativa de reconocidos profesionales de las letras —entre ellos críticos literarios, de cine y de teatro, dramaturgos, periodistas y escritores—, pertenecen a la tradición judía.⁶ Tal profusión literaria relacionada con una generación intelectual y con rasgos culturales dados se debe quizás al hecho de que en la cultura judía la palabra escrita constituye parte indisociable de la vida cotidiana, así como con

⁵ Entre 1880 y 1915, cerca de 31 millones de inmigrantes llegaron a las Américas. El primer destino de dichas poblaciones era Estados Unidos; el segundo, Argentina; el tercero, Brasil, con poco más de tres millones; y el cuarto, Canadá. Del total de inmigrantes que ingresaron a Brasil en el periodo mencionado, 1 156 472 (casi un tercio) eran italianos; 1 030 666, portugueses; 551 385, españoles; 112 593, alemanes; 108 475, rusos (entre ellos gran cantidad de judíos); 86 577, japoneses; 79 052, austríacos; y 73 790, sirios-libaneses (datos del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, en “A política brasileira frente a imigração”, de Lucía Lippi Oliveira, op. cit.). Tales cifras siguieron en aumento hasta la década de 1930, cuando el gobierno de Getúlio Vargas ve en el control de entrada de inmigrantes un procedimiento de “seguridad nacional” y comienza a establecer cuotas de entrada para extranjeros; sobre todo para judíos y japoneses.

⁶ Algunos nombres conocidos de escritores judíos-brasileños son los de Clarice Lispector, Samuel Rawet, Moacyr Scliar, Cíntia Moscovich, Bernardo Ajzenberg, Jacó Guinsburg, Lúcia Aizim, Moacir Amâncio, entre muchos otros. Entre los escritores de otras tradiciones, destacan Raduan Nassar, hijo de inmigrantes libaneses; Milton Autom, también de tradición árabe; o Zélia Gattai, descendiente de italianos.

el hecho de que hay ahora menores limitaciones para dejar huella en el acervo creativo o para hacer circular públicamente los testimonios. El hábito de la lectura, así como el de registrar los sucesos diarios por escrito, es parte del cultivo de la memoria y de la intención de mantener viva la tradición; baste con recordar que los judíos son conocidos como “el pueblo del libro”:⁷ narrar por escrito los hechos que tienen importancia en la vida de su pueblo, como testimonio de fe y de memoria colectiva, constituye una actitud casi ritual para el intelectual judío. Esto muestra que un pueblo milenariamente nómada, históricamente rechazado y perseguido, tiene en la narración su territorio firme de llegada y de partida: el retorno al pasado y la construcción del porvenir.

Los inmigrantes judíos que llegaron a Brasil en las primeras oleadas migratorias a partir de 1808, con la apertura de los puertos y la consecuente libertad religiosa, de cierto modo encajaban en el modelo ideado por las autoridades. No en lo referente a lengua y religión; pero sí en cuanto al criterio de “blanqueamiento” de la raza y a la necesidad de mano de obra para el trabajo en el campo. Sin embargo, a partir de la década de 1930 los judíos —junto con los negros y los japoneses— pasaron a formar parte del contingente de población clasificado como “no deseado” en el país. Durante el gobierno de Getúlio Vargas, los judíos fueron objeto de una velada pero sistemática persecución. El antisemitismo en la era Vargas es el tema de un libro reciente que muestra —mediante una extensa y documentada investigación— datos contrastantes y contradictorios con la historia oficial de este país, sinónimo

⁷ En varias de las fuentes consultadas para este trabajo, aparece el pueblo judío así denominado; por ejemplo en Stefania Chiarelli, *Vidas em trânsito, as ficções de Samuel Rawet e Milton Hatoum* (São Paulo: Annablume, 2007), pp. 103 y 104; en Berta Waldman, *Entre passos e rastros: presença judaica na literatura brasileira contemporânea* (São Paulo: Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo, 2003); en la tesis de doctorado de Saul Kirshbaum, “Ética e Literatura na obra de Samuel Rawet” (São Paulo: Universidade de São Paulo, 2004). También en varios sitios de internet de divulgación de cultura judía; por ejemplo, en http://jinuj.net/articulos_ver.php?id=107, donde se afirma: “El Pueblo del Libro tiene en la Biblia una biblioteca, un mar de conocimientos indispensables para concebir la historia del hombre. Comprender la Biblia es ahondar en el pasado y establecer los fundamentos del futuro [...]. La expresión *Pueblo del Libro* se refiere básicamente a la Biblia; pero también indica la predilección de los judíos por los libros en general. La literatura hebrea se inicia con Moisés y continúa hasta nuestros días. La producción literaria más conocida es la Torá, pero los judíos han contribuido constantemente con creaciones sobresalientes que nutren la cultura universal”.

de democracia racial.⁸ La simpatía de Vargas por Mussolini y Hitler se transformaría en una verdadera cacería de brujas hacia el pueblo judío, organizada y apoyada por los organismos oficiales. Al mismo tiempo, la necesidad de no entrar en conflicto con Estados Unidos llevó a encubrir las acciones represoras de Vargas contra los judíos mediante decretos y leyes silenciosas, así como secretos movimientos de los diplomáticos a su servicio. Pasado el gobierno de Vargas —aun cuando sus discursos antisemitas tuvieron repercusiones en la sociedad civil, que alimentaba y reforzaba cierto rencor y desconfianza contra los judíos—, para la mayoría de la población el antisemitismo en Brasil no había ocurrido en la historia del país, pues fue borrado como por arte de magia del panorama histórico. El trabajo de Tucci Carneiro rescata en detalle este importante capítulo de la historia de la nación.

El 10 de noviembre de 1937, Getúlio Vargas instaura una dictadura mediante un golpe de Estado y se inicia el periodo conocido como el “Estado Novo”, nefasto para el pueblo judío, pues todas las características relacionadas con el estereotipo que les fue asignado se recrudecieron en dicha época y otras nuevas fueron creadas. Berta Waldman analiza los varios argumentos utilizados para catalogar a los judíos como “inasimilables” y —por ello— como no adecuados al proyecto nacionalista del país; criterios religiosos, históricos y culturales encabezaban una larga lista de objeciones a la integración de los judíos. Su religión era vista como no pasible de mezclas; o sea, se consideraban “inconvertibles” y por eso mismo incompatibles con una nación católica. Por su habilidad para multiplicar el dinero, de beneficiarse de las utilidades y del interés de los préstamos, eran vistos como “usureros” y por lo tanto no solidarios. Vivían del comercio, lo que los convertía en “usurpadores” y “parásitos sociales”; se consideraba que estaban relacionados con actividades de lenocinio: “una llaga social”. Dada su historia de diásporas y exilios, eran tenidos como apátridas; por ello, podrían estar al servicio de cualquier nación y ser responsables de la “diseminación de ideologías extranjeras”. Se les tomaba como comunistas subversivos que representaban una “amenaza al poder constituido”. Vistos como

⁸ Maria Luíza Tucci Carneiro, *O anti-semitismo na era Vargas: fantasmas de uma geração (1930-1945)* (São Paulo: Editora Perspectiva, 2001).

opositores del progreso y del avance de la nación, eran estigmatizados como elementos indeseables en todos los sentidos, ya que “nacionalismo y racismo sostuvieron el discurso del Estado Novo”.⁹

En este periodo se estableció un sistema de cuotas para entrada de inmigrantes; con ello se impidió el acceso de varios grupos al país. Los más perjudicados fueron los judíos procedentes de Alemania, perseguidos en aquel momento por el nazismo. Tucci Carneiro descubrió casi accidentalmente —entre los miles de pedidos de entrada de judíos al país, denegados por el gobierno brasileño entre 1938 y 1945— una carta de Albert Einstein del 12 de febrero de 1941, enviada desde Princeton al embajador de Brasil en Washington; en ella solicitaba abrigo para una pariente suya. Tan rígida era la legislación brasileña respecto del ingreso de judíos al país que ni el humanismo de Einstein logró sensibilizar a Oswaldo Aranha, director del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien negó a Einstein su petición,¹⁰ pues en aquel momento era imposible cuestionar las disposiciones del presidente. Tal posición transformó el simple prejuicio en criterio oficial contra todos los judíos, como si se tratara de una nación enemiga. Su entrada al país era cuestión de seguridad nacional. La visión del judío se transformó en esta época y, de grupo religioso, pasó a calificarse como categoría racial; después, de nacionalidad sin país de origen, según la clasificación de la Delegacia de Ordem Política e Social (DOPS). Con frecuencia, documentos de doctrina explícitamente antisemita, como el que sigue, circulaban por las oficinas gubernamentales:

Es necesario un trabajo permanente de observación y rastreo de las actividades de elementos alienígenas, la mayoría de los cuales resultan indeseables a las colectividades de origen y que por eso mismo afluye para nuestro suelo, con la esperanza de encontrar campo fácil a sus ambiciones, no muchas veces honestas y confesables y casi siempre inútiles, cuando no perjudiciales a nuestro país. ¿Qué nos puede interesar esta

⁹ Las informaciones acerca de las políticas migratorias de la era Vargas forman parte de la Introducción del libro de Berta Waldman, *Entre passos e rastros: presença judaica na literatura brasileira contemporânea*, op. cit. Este trabajo ha sido fundamental tanto para comprender la presencia de los escritores judíos en la literatura brasileña, como para identificar elementos clave de su simbología en las obras de autores aquí estudiados.

¹⁰ Tucci Carneiro, *O anti-semitismo...*, op. cit., p. 210.

onda de intelectuales más o menos sospechosos e infecundos que la tragedia de Europa vomitó en nuestro territorio? [...] Esa población semita, proveniente no se sabe cómo ni de dónde, se instaló en Copacabana, Flamengo y Catete, invirtiendo sus escasos capitales en negocios turbios y clandestinos, evadiendo impuestos, minando a la sociedad brasileña por la tentación del lujo, mediante la facilidad de la venta a crédito.¹¹

El discurso oficial contra el inmigrante judío logró crear un ambiente cuando menos hostil para este grupo social, que se convertía en amenaza pública y ahora era señalado como el enemigo; sin embargo, pasada la era Vargas, los decretos antisemitas del dictador desaparecieron en el fondo de cajones y archivos diplomáticos e igualmente parecieron esfumarse en la memoria de la población civil. Con ello, el antisemitismo pasó a ser una página olvidada de la historia de Brasil. En lo personal, confieso que antes de iniciar la presente investigación sobre las voces de los escritores inmigrantes en la literatura brasileña, esta parte de la historia de mi país era para mí desconocida.

III. ESCRITORES JUDÍOS

No obstante, para los judíos que vivieron dicho periodo o para sus descendientes, tal capítulo de la historia de ninguna manera podía ser borrado de su memoria; por ello, los escritores de tradición judía tendrían un ambiente propicio para hacer de sus textos un espacio tanto de recuento histórico como de preservación de la memoria de los episodios de persecución y discriminación contra su pueblo. Las décadas de los años treinta y cuarenta serían años difíciles para su entrada al país, y los relatos posteriores de varios de los escritores que vivieron este periodo —algunos, como niños inmigrantes; otros, por medio de la memoria familiar— centran su foco narrativo en la experiencia de vivir como diferente, de ser señalado como doblemente otro: extranjero y judío. Tres autores que de manera muy distinta representan tal cuestión de la

¹¹ Fragmento de un informe de actividades firmado por el capitán Felisberto Teixeira, delegado especial de seguridad política y social de la policía civil del Distrito Federal, 1940. Transcrito por Helena Lewin y citado en Waldman, *Entre passos e rastros...*, op. cit., p. 18.

otredad judía en la sociedad brasileña son Clarice Lispector, Samuel Rawet y Moacyr Scliar.

A. *Clarice Lispector*

“Daba la impresión de andar por el mundo como alguien que desembarca por la noche en una ciudad desconocida donde hay una huelga general de transportes”, decía de Clarice Lispector el escritor Antonio Callado para ilustrar la manera como percibía a su amiga, quien —según él— tenía siempre un aire distante, como si no estuviera nunca en parte alguna: una intensidad que la atravesaba y la aislaba, aparte de su “lengua presa”¹² (no se sabe dónde) que le confería una particular manera de hablar el portugués. Sin embargo, estos y otros trazos excéntricos de su personalidad —muchas veces mencionados por quienes convivieron con ella— no serían suficientes para clasificarla como extranjera. Tampoco el hecho de haber nacido en Ucrania. No sería demasiado suponer que el ambiente cultural fronterizo (entre la cultura brasileña y la ruso-judía), así como las presiones ejercidas por el momento político sobre todos los judíos en Brasil, hayan influido de manera importante en su obra: tanto en el manejo del lenguaje como en la construcción de personajes.

Clarice Lispector llegó con su familia al país cuando contaba apenas dos meses de edad. Gracias a algunos parientes que ya vivían en Brasil, su padre, Pedro Lispector, consiguió una “carta de llamada” que le daba la posibilidad de entrar a este país con su familia y huir de las amenazas de los primeros *pogroms* en Europa. La pequeña Clarice (como la mayoría de los niños inmigrantes) vivía simultáneamente dos realidades culturales: una dentro de la casa familiar; otra: la brasileña, fuera. Sus padres, como muchos judíos recién llegados, en casa hablaban yiddish. El padre tenía una sólida cultura bíblica; conocía muy bien los rituales y, por ello, eran celebradas por la familia las fechas sagradas del calendario judío. Pedro, además, recibía de Nueva York el periódico en

¹² Cada vez que la escritora era cuestionada sobre su particular acento al hablar el portugués, contestaba que no se trataba de un modo extranjero de hablar y sí de un problema de dicción: tenía la “lengua presa”. Y en esos momentos aprovechaba también para afirmar que había nacido en Rusia por mera casualidad; que su nacionalidad era la brasileña y que su lengua materna era el portugués.

yiddish *The Day*; la lengua que Clarice escuchó de niña —y que muy probablemente también habló— fue el yiddish, pues sus primeros años de estudio fueron realizados en el Colégio Hebreo-Idisch-Brasileiro. En su formación van a estar presentes el inglés y el francés; los aprendió desde muy joven, y más tarde se volverían instrumentos de trabajo, pues la traducción de estos idiomas al portugués ocupará gran parte de su currículo laboral.

Además de moverse entre lenguas y culturas, su vida estuvo marcada por los viajes. Después del largo éxodo de Rusia a Brasil en 1921, la familia desembarcó en Alagoas, en la ciudad de Maceió, y en 1924 fue a vivir a Recife; algunos años después, el padre (entonces viudo) decide ir con sus hijas a Río de Janeiro. Ya casada con el diplomático Maury Gurgel Valente, viajó por distintos estados de Brasil y vivió durante más de 15 años en diferentes países: Italia, Suiza, Inglaterra e Estados Unidos. Tales desplazamientos espaciales continuos aparecerán posteriormente en sus textos:

[...] los personajes de Clarice Lispector también se entregan a una movilidad constante e inagotable, manifiesta en sucesivos viajes que marcan el destino de varios de ellos, siempre de partida: Joana, personaje de *Perto do coração selvagem*, inaugura, con el viaje al que se lanza en el final de la novela, la búsqueda inquietante que los demás personajes emprenderán cada cual a su manera. Virgínia, personaje de *O lustre*, abandonará el lugar donde nació para enfrentar la gran ciudad. Lucrécia, personaje de *A cidade sitiada*, es tocada por el deseo de abandonar el suburbio de São Geraldo. Martim, personaje de *A maçã no escuro*, quien supuestamente cometió un crimen, huye de la ciudad y llega a una hacienda, lugar donde transcurre la novela. Y Macabéa, de *A hora da estrela*, es alagoana y viene a intentar la vida en Río de Janeiro.¹³

Intentar insertarse en un lugar sin lograrlo del todo, resulta común tanto a la propia autora como a sus personajes. Trató inútilmente de deslindarse del aura de extranjera (para no decir de extraña) que la acompañó toda la vida: “Nací en Rusia, pero no soy rusa”, comentaba; o, más reflexiva y resignada, “[...] pensándolo bien, no hay un verda-

¹³ Berta Waldman, “O estrangeiro em Clarice Lispector”, en *Entre passos e rastros*. . . , op. cit., pp. 17-18.

dero lugar para vivir. Todo es tierra de los otros, donde los otros están contentos”.¹⁴

En su obra no aparece la inmigración transnacional como tema; tampoco hay personajes inmigrantes judíos como en la obra de los otros dos autores aquí analizados. De hecho, encontrar en su obra las claves de la extranjería y de un judaísmo latente exige realizar una fina tarea. Tal labor de relojero fue emprendida por Berta Waldman, quien encuentra en los textos de Lispector la permanencia implícita de la cultura judía (a menudo en crisis) y la mirada del extranjero (también en conflicto frente a un universo siempre nuevo y huraño). En la célebre novela *A hora da estrela*, el personaje central, Macabéa, es nordestina, inmigrante interna: símbolo de la diferencia y marginación dentro de su propia cultura. Es la representación viva de la pobreza, la soledad, el hambre, el abandono y la inadaptación. Waldman hace notar, además, la fuerte correlación entre el nombre del personaje y el libro apócrifo de los Macabeos, donde se narra la resistencia del pueblo judío. De la misma manera, el personaje de Macabéa es sinónimo de resistencia: en su obstinación, en su determinación por la supervivencia, la protagonista de *A hora da estrela* se perfila —por un lado— como cercana a los héroes judíos y —por otro— como excluida de las relaciones de producción y del saber; consecuentemente, excluida del ámbito sociocultural y económico de su propio país. De tal modo se constituye como una figura símbolo del ejército de los excluidos, al cual pertenece gran parte del pueblo brasileño. Clarice no hace ni la historia ni la defensa de la condición del judío en el país (como lo hacen abiertamente Rawet y Scliar), sino que más bien iguala la condición del judío inmigrante, marginado, extraño a esa cultura que lo rechaza: a la de todos los excluidos en dicha sociedad. Rawet hará lo mismo en su etapa más madura.

Si en la obra de Clarice Lispector la presencia del extranjero en general —y del judío en particular— aparece en clave, la cuestión de la alteridad se muestra de manera explícita. El encuentro consigo mismo mediado por el “otro” es una constante en varios de sus textos.

¹⁴ Carta de Clarice Lispector a su familia, del 5 de mayo de 1946, reproducida por Olga Borelli, en *Clarice Lispector: esboço para um possível retrato* (Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1981), p. 111.

Como apuntó el crítico Affonso Romano de Sant'ana en la Introducción de la primera edición del libro *A legião estrangeira*,¹⁵ para Clarice Lispector importa más la geografía interior: “En lugar de tipos épicos y dramáticos, tenemos figuras situadas en un aura de misterio, viviendo relaciones profundas dentro del más ordinario cotidiano [...]; más que las aventuras, le interesa describir la soledad de los hombres”. La autora aborda en estos cuentos lo familiar cotidiano, la perversidad infantil y la soledad; pero sobre todo el encuentro con el otro. La tensión en sus textos surge de la oposición entre yo y el otro, el cual puede ser un adulto, un niño, un animal... , incluso un objeto. Los personajes (captados en las situaciones más triviales) tienen algún encuentro que pondrá en jaque su modo de existencia y los hará entrar en conflicto con su propia identidad; ello los conducirá en seguida a una especie de revelación sobre algo perdido o desconocido de sí mismos. Lo vemos en cuentos como “Viagem a Petrópolis” —escrito cuando la autora tenía sólo 14 años—, donde describe el abandono, el exilio y la intensa soledad de una anciana que al no tener donde vivir, es empujada de una casa a otra; en “Os desastres de Sofia” retrata la perversidad infantil en las relaciones de una alumna y su maestro; en “A experiência maior”, la narradora parece resumir esta búsqueda interior emprendida por los tipos clariceanos: “Yo antes había querido ser los otros para conocer lo que no era yo. Entendí entonces que yo ya había sido los otros y esto era fácil. Mi experiencia mayor sería ser el otro de los otros: y el otro de los otros era yo”.¹⁶

La cuestión de la identidad y de la pertenencia es central en la vida y la obra de la escritora. Siempre esquivando la marca de extranjera y de judía, trataba de reunir su identidad, dividida entre dos culturas, en una sola: la brasileña. O por lo menos era lo que ella afirmaba: “Soy judía, lo sabes; pero no creo en esta tontería de que el judío sea el pueblo elegido por Dios. De ninguna manera lo es. Los alemanes son los que deben de serlo, porque hicieron lo que hicieron. ¿Qué gran elección fue ésa? Yo,

¹⁵ Clarice Lispector, *A legião estrangeira (Fundo de gaveta, parte II)* (Río de Janeiro: Editorial Rocco, 1998), pp. 142-143.

¹⁶ Ibid.

en fin, soy brasileña, listo y punto”.¹⁷ Hay aquí una crítica al judaísmo, y en seguida una opción de pertenencia, pues ser brasileña la libera del peso del pasado histórico del pueblo judío, humillado por los alemanes, y de la mitificación ocasionada por tal acto. En sentido contrario a toda la tradición judía de mantener viva la memoria de las diásporas y del exilio, la escritora luchaba contra la narración de estilo autobiográfico y evitaba hablar de su historia familiar extranjera, o por lo menos era lo que declaraba: “Pero si yo no quiero contar mi vida a nadie [...]: no pretendo jamás escribir una biografía”.¹⁸ Sin embargo, el pasado cultural no es algo que se pueda escoger, como afirma Homi K. Bhabha:

Podemos, en determinadas circunstancias, escoger actuar de formas que entran en conflicto con nuestros “pasados” o contemplar “futuros” que se contrapongan a los mundos vividos que heredamos. Sin embargo, al contrario de lo que ocurre con el futuro, no podemos “escoger” nuestro pasado cultural o biográfico; podemos olvidarlo en un gesto de amnesia histórica; podemos reconstruirlo de modo a que se adecue a nuestros intereses presentes; o podemos condensarlo en el presente, con el fin de demostrar la continuidad de la tradición cultural como parte de la confluencia de una historia compartida. En cada uno de estos casos, negociamos con el “pasado” para transformar nuestras vidas; pero no podemos simplemente escoger o desescoger el pasado. El pasado cultural es una presencia “incubatoria” en nuestras vidas (Gramsci): vivimos con él, o de acuerdo con él: conversamos con él continuamente.¹⁹

Sin embargo, contrariamente a lo que Clarice Lispector afirmaba en muchas entrevistas, en su escritura este diálogo con el pasado cultural se halla presente: nunca sabremos si de manera intencional o a pesar suyo. En gran parte de sus obras las referencias autobiográficas son explícitas y recurrentes, como en el cuento “Felicidade clandestina”,²⁰ donde la niña rubia extranjera que vivía en la ciudad de Recife, tiene que pelear con la

¹⁷ Fragmento de entrevista a Clarice Lispector, en Edilberto Coutinho, “Uma mulher chamada Clarice Lispector”, citado en Waldman, *Entre passos e rastros...*, op. cit., pp. 28-29.

¹⁸ Fragmento de entrevista a la escritora, en Nádia Batella Gotlib, *Clarice: uma vida que se conta* (São Paulo: Editora Ática, 1995), p. 113.

¹⁹ Homi K. Bhabha, “Ética e estética do globalismo: uma perspectiva pós-colonial”, en *A urgência da teoria* (Lisboa: Fundação Calouste Gulbekian, 2007), pp. 29-30.

²⁰ Clarice Lispector, *Felicidade clandestina* (Rio de Janeiro: Editorial Rocco, 1998).

tiránica hija del dueño de la librería por el derecho de leer *Reinações de Narizinho*, de Monteiro Lobato, experiencia literaria que la narradora describe como la de una mujer con su amante. Toda la descripción del personaje y de su amor precoz por la lectura coincide en todo con la biografía real de la escritora, sólo por mencionar un ejemplo. En sus declaraciones públicas, empero, parecía querer olvidar su pasado; en lugar de hacer una defensa del derecho a la biculturalidad, prefería intentar ignorar en sí la coexistencia de otra cultura que no fuera la brasileña. Y podemos hacer algunas especulaciones sobre dicho comportamiento. Por un lado, tal vez quisiera desviarse de la senda iniciada por la hermana mayor, la también escritora Elisa Lispector, quien dedicó gran parte de sus escritos a la memoria de la persecución de judíos en Rusia, la huida de la familia de Rusia, la inmigración y los inicios de los Lispector en Brasil. Por otro, la joven escritora, quien ya había convivido todos sus años de existencia bajo el signo de la diferencia y del señalamiento, empezaba ahora su vida profesional y académica en momentos aún difíciles para los judíos en Brasil. Había miedo y tensión en asumir una identidad que no fuera consonante con el proyecto nacional del momento; para los inmigrantes era imperativo ser oficialmente brasileño, una vez que el presidente Vargas seguía dando muestras de indecisión política. A los 21 años —apenas alcanzada su mayoría de edad—, escribe una carta al presidente; en ella trata de convencerlo de su derecho a ser brasileña y le pide la dispensa del plazo reglamentario de un año requerido en los trámites normales de naturalización. Aunque se trata de un documento oficial, ya se puede ver en esta carta mucho del estilo que tendrá la obra de la escritora: el lenguaje que mezcla una inflexión formal y al mismo tiempo muy personal; hay cierto tono ambiguo en la misiva: entre deferente y jocosos; falsa reverencia y cierto desafío a la inteligencia y a la autoridad presidenciales.

En esa comunicación, muchos de los absurdos del designio nacionalista de Vargas surgen en la voz de un personaje que parece creado para el texto: la “inmadura periodista”. Y con la voz casi lírica de dicho personaje, quien aparentemente hace una sumisa y razonada petición al presidente, hay otro nivel de lectura en el que se puede observar —además de una voz firme— la crítica y el cuestionamiento. Dice allí:

Discurso, teoría y análisis 29 (primavera, 2008): 79-111.

Río Janeiro, 3 de junio de 1942

Señor presidente Getúlio Vargas:

Quien le escribe es periodista, ex redactora de la *Agência Nacional* (Departamento de Prensa y Propaganda), que actualmente trabaja en *A Noite*, académica de la Faculdade Nacional de Direito y, casualmente, rusa también.

Una rusa de 21 años de edad que está en Brasil hace 21 años, menos algunos meses. Que no conoce una sola palabra de ruso sino que piensa, habla, escribe y actúa en portugués; que hace de ello su profesión y en esto apoya todos los proyectos de su futuro, próximo o lejano. Que no tiene padre ni madre (el primero, así como las hermanas de la signataria, brasileño naturalizado) y que por ello no se siente de modo alguno presa al país de donde vino, ni siquiera por oír relatos acerca de él. Que desea casarse con un brasileño y tener hijos brasileños. Que si fuera obligada a regresar a Rusia, allá se sentiría irremediamente extranjera: sin amigos, sin profesión, sin esperanzas.

Señor presidente. No pretendo afirmar que haya prestado grandes servicios a la nación, requisito que podría alegar para tener el derecho de pedir a Su Excelencia la dispensa de un año de plazo, necesario para mi naturalización. Soy joven y, salvo en acto de heroísmo, no podría haber servido a Brasil sino frágilmente. Demostré mi relación con esta tierra y mi deseo de servirla cooperando con el DIP [Departamento de Prensa y Propaganda] por medio de reportajes y artículos distribuidos a los periódicos de Río y de los estados, en la divulgación y en la propaganda de su gobierno. Y, de un modo general, trabajando en la prensa diaria, el gran elemento de aproximación entre gobierno y pueblo.

Como periodista, tomé parte en conmemoraciones de las grandes fechas nacionales; participé de la inauguración de innumerables obras iniciadas por Su Excelencia; estuve incluso a su lado en más de una ocasión, la última de las cuales fue el 1 de mayo de 1941, día del Trabajo.

Si le traigo el resumen de mis trabajos periodísticos no es para pedirle, como recompensa, el derecho de ser brasileña. Presté estos servicios espontánea y naturalmente, y no podría dejar de ejecutarlos. Si hablo de ellos, es para certificar que ya soy brasileña.

Discurso, teoría y análisis 29 (primavera, 2008): 79-111.

Puedo presentar pruebas materiales de todo lo que afirmo. Infelizmente, lo que no puedo probar materialmente —y que, sin embargo, es lo que más importa— es que todo lo que hice tiene como núcleo mi real unión con este país y no poseo, ni elegiría, otra patria más que Brasil.

Señor presidente. Me tomo la libertad de solicitar a Su Excelencia la dispensa del plazo de un año que se debe seguir al proceso que actualmente transita por el Ministerio de Justicia, con todos los requisitos satisfechos. Podré trabajar, graduarme, hacer los indispensables proyectos para el futuro, con seguridad y estabilidad. Su firma hará de derecho una situación de hecho. Créame, señor presidente, ella alargará mi vida. Y un día sabré probar que no la usé inútilmente.

*Clarice Lispector*²¹

Si el presidente percibió o no la fina ironía de Clarice Lispector, no lo sabemos; pero la petición fue denegada, y el mandatario dio su parecer sobre el caso al ministro interino de Justicia, Alexandre Marcondes Machado Filho, en el margen izquierdo del mismo documento, cuestionando la urgencia de la solicitante: “Investigue por qué la interesada, residiendo desde hace tantos años en Brasil, sólo el 20 de marzo del presente año ha pedido la naturalización y con tanta urgencia que aun lucha por la dispensa del plazo reglamentario”.²² Clarice no se da por vencida y le escribe otra carta al gobernante. Esta ocasión recordándole que sólo podía solicitar la naturalización después de alcanzar la mayoría de edad —como lo establecía la ley migratoria del país—, y que a sólo tres meses de haberla cumplido, ya había reunido los documentos necesarios y ya había entregado los papeles al Ministerio de Relaciones Exteriores; ello mostraba su intenso interés en hacerse brasileña. Después de 11 meses de espera, el pedido de dispensa del plazo legal de un año fue concedido, y Clarice Lispector obtuvo la naturalización como brasileña.

²¹ Carta reproducida por Teresa Cristina Montero Ferrera, en *Eu sou uma pergunta: uma bibliografia de Clarice Lispector* (Río de Janeiro: Rocco, 1999), pp. 88, 89 y 90.

²² Op. cit., p. 91.

Llama la atención en esta carta la premonición de la precoz escritora de la importancia que llegaría a tener para las letras del país; hay allí una promesa de recompensa patria por el derecho a la nacionalidad. Todo indica que tal promesa tiene en el manejo de la lengua portuguesa su centralidad, pues como prueba de su legítimo vínculo con el país está el “pensar, hablar, escribir y actuar” en portugués, hacer de ello su profesión y en esto apoyar “todos los proyectos de su futuro, próximo o lejano”. Dos años después de su naturalización —y después de varios rechazos editoriales—, Clarice Lispector publica *Perto do coração selvagem*, la novela que asombraría a críticos e intelectuales del país, quienes atribuyeron a su estilo y técnica de escritura una herencia directa de James Joyce y Virginia Woolf. La obra fijaría su nombre con letras indelebles en el campo de la literatura de Brasil como la más importante escritora de este país: ha sido clasificada como prosa subjetivante e intimista, que transitó de la ficción “egótica” a una ficción “suprapersonal”,²³ perteneciente al último modernismo brasileño (la producción literaria posterior a 1940). Es ubicada por la crítica especializada nacional, junto a la de Guimarães Rosa, como el centro de la ficción de vanguardia de Brasil.

Se trata de una de las escritoras brasileñas más estudiadas dentro y fuera del país, y hay gran diversidad de líneas de interpretación de su obra: desde los análisis psicológicos hasta una interpretación místico-religiosa. Como ya se indicó, aunque tanto en sus declaraciones públicas como en su obra la autora haya esquivado el tema de la inmigración, el extranjero en la creación de Clarice Lispector sigue siendo un elemento muy poco estudiado. Sería muy revelador leer en sus personajes, sus escenarios y en su lenguaje sorprendentemente marcado por un registro cotidiano, esa visión siempre nueva e inaugural de la realidad más inmediata y trivial: la visión del extranjero. A pesar de que en su literatura no se adhirió a ningún movimiento de defensa de los inmigrantes —como lo hacen Rawet y Scliar— es quien —de manera mucho más elaborada y estructurada— presenta (sin mencionarlo) un mundo de sensaciones nuevas y la mirada de asombro en el encuentro del “yo”: el de dentro, el establecido, el nacional, con el “otro”: el de fuera, el errante, el ajeno.

²³ Alfredo Bosi, *História concisa da literatura brasileira* (São Paulo: Cultrix, 1994).

B. Samuel Uris Rawet

Emigró desde la pequeña aldea de Klimontow, en Polonia, y llegó a Río de Janeiro en 1936 con su madre y hermanos; el padre ya los esperaba en Brasil. La llegada de la familia al país no ocurrió en la época más favorable para los inmigrantes, en especial para los judíos: un año después empezaría el periodo de antisemitismo promovido por el gobierno de Vargas. Junto a la experiencia traumática de la inmigración en sí misma, ello marcaría de manera negativa su experiencia en la sociedad brasileña y aparecerá más tarde ficcionalizado en su obra literaria. En una entrevista, el escritor recuerda su llegada al país:²⁴

Mi padre ya estaba aquí, y nuestra situación en Polonia era pésima. Vivíamos prácticamente en espera de los pasajes para Brasil. Llegué en 1936. Fue antes de la guerra, y no me acuerdo que hayamos salido por causa de la que ya se anunciaba, o simplemente en un flujo de inmigración que hubo de los países de Europa Oriental hacia América. Probablemente llegamos con este grupo. Los recuerdos de los primeros días en Brasil son importantes hasta hoy. Bajé allá en la plaza Mauá, con mi familia. Mi padre ya había alquilado una casa en el suburbio, en Leopoldina, donde ya vivían mis tíos y en donde fui a vivir. Hasta los veintitantos años viví en los suburbios de Leopoldina. Soy fundamentalmente suburbano; el suburbio está ligado a mí. Aprendí el portugués en la calle, a golpes y hablando errado —creo que este es el mejor método pedagógico en todos los sentidos. Todo lo aprendí en la calle.

A pesar de la fachada de marginado y suburbano que Rawet insistió en crear para sí mismo toda la vida, sus textos muestran una gran erudición y un amplio dominio de la lengua portuguesa. Además, concilió —no sin conflictos— su vocación de escritor con una carrera exitosa de ingeniero; se graduó por la Escola Nacional de Engenharia y ya en sus inicios profesionales formó parte del equipo de Oscar Niemeyer y Lúcio Costa para la construcción de la nueva capital: Brasilia. Como declara en la misma entrevista, él solo calculó los requerimientos de concreto para una de las obras arquitectónicas más emblemáticas del

²⁴ Entrevista de Samuel Rawet a Flávio Moreira da Costa para la *Revista Escrita* 1, núm. 2 (1975): 16-20.

país: el edificio del Congreso Nacional, méritos profesionales que no combinan para nada con el perfil de excluido social, como él mismo se define. La imagen de marginado, pensador rebelde, contestatario y anti-intelectual que Samuel Rawet trataba de forjar (en varios testimonios, ensayos y entrevistas) era nada más una “cortina de humo” que intentaba encubrir su intensa actividad como observador social, pensador, gran investigador y experimentador del lenguaje.²⁵ Al parecer desde el principio de su carrera de escritor, creó una opción narrativa enfocada en la marginalidad y en la representación escrita del sentimiento de extranjería e inadaptación social. Como muestran los datos de su conflictiva biografía, al final de su vida el autor se volvió un personaje más de su obra.

En la década de los sesenta, Rawet fue considerado uno de los escritores que habían contribuido a la renovación del lenguaje literario brasileño. Es autor de una obra que fue primeramente aclamada por la crítica y por el público, y luego pasó por 30 años de olvido. Tema central de su obra fue la marginalidad; también lo fue de su vida. Además de una personalidad dividida entre lenguas y culturas, hacía frente a muchos conflictos religiosos y familiares.

El ingeniero-escritor fue un personaje solitario e introvertido que vivió (intencionalmente o no) una situación fronteriza: al borde de la convivencia social y de la locura. En 1997 publicó un violento manifiesto antijudío²⁶ (para decir lo menos) y —en una revelación de verdadero “auto-odio”—²⁷ rompió públicamente con la familia y con la comunidad. Después de eso se aisló de amigos y familiares; cambió Río de Janeiro por el ambiente árido del centro del país, la ciudad que ayudó a construir, y en ella también se ubica en los márgenes: escoge

²⁵ Saul Kirschbaum, “Ética e literatura na obra de Samuel Rawet” (São Paulo: Universidade de São Paulo-Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, 2004), p. 37.

²⁶ Samuel Rawet, “Kafka e a mineralidade judaica ou a tonga da mironga do kabuletê”, *Revista Escrita* 24 (1977): 22-30.

²⁷ Esta expresión (equivalente a “antijudaísmo judío” o “antisemitismo judío”) es “un rótulo para un modo específico de autorrenuncia que ha existido entre los judíos a través de su historia”, “resultado de la aceptación por los *outsiders* del espejismo de sí mismos generado por su grupo de referencia (el grupo en la sociedad que ellos ven como el que los define) como una realidad”. Sander L. Gilman, “O que é auto-ódio?”, en *Construindo a imagem do judeu*, compilado por Nelson H. Vieira (Río de Janeiro: Editorial Imago, 1994), pp. 35-36.

para vivir una zona periférica pobre de Brasilia. En su nueva vivienda, Samuel Rawet pasó sus últimos años y murió solo, frente a un plato de sopa; así permaneció durante cuatro días, cuando el hedor y las moscas lo hicieron notar. Tales circunstancias fomentaron las múltiples mitificaciones tejidas alrededor de este escritor, ya para entonces considerado loco y maldito, opacando a su vez su importante producción literaria, hasta el reciente rescate de ella por André Seffrin. Probablemente sus episodios de esquizofrenia y sus manifestaciones de desarreglo mental hicieron que su obra fuera retirada de los círculos editoriales. Sus escándalos ocuparon el lugar de sus libros, y las pocas manifestaciones de interés hacia el escritor no pasaron de relatos curiosos sobre su vida y las circunstancias aterradoras de su muerte.

Su primer trabajo, *Contos do imigrante* (escrito durante los años de estudiante de ingeniería), fue bien recibido por el público y considerado por la crítica el libro *de jure* de la inmigración. En esta obra, el autor presenta diez relatos que conforman un mosaico de diferentes situaciones vividas por inmigrantes judíos recién llegados a Brasil. Una de las cuestiones centrales que la obra proyecta es la problemática del diálogo intercultural a la que hace frente el inmigrante desde distintos ángulos. Sus personajes (inmigrantes) viven al margen de la sociedad brasileña, sin referencias frente a una realidad que desconocen; desconcertados frente a una lengua y una cultura que no comprenden y que tampoco puede comprenderlos. André Seffrin, quien reunió sus cuentos y novelas, observa que —en líneas generales— las características de su obra son las siguientes:

[...] personajes inmersos en la angustia de la inadaptación y de la incommunicabilidad, la condición ambigua del inmigrante (partido entre dos mundos, dos lenguajes), la experiencia dramática del exilio (la condición judía), la desagregación social, la marginalidad, la alienación. En este sentido, pocos escritores brasileños habrán enfrentado tan frontalmente esa condición, en la vida y en la literatura.²⁸

²⁸ André Seffrin, “Samuel Rawet: fiel a si mesmo”, prólogo a *Contos e novelas reunidos* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2004), pp. 9-10.

En la ficción contemporánea, su obra se sitúa dentro del estilo calificado como “prosa subjetivante”, caracterizada porque sube “[...] al primer plano los contenidos de la conciencia en sus varios momentos de memoria, fantasía o reflexión, empalidece los contornos del ambiente, que pasa a ser *atmósfera*, y disloca el eje de la trama del tiempo ‘objetivo’ o cronológico para la duración psíquica del sujeto”.²⁹ El escritor pertenece a la llamada “escuela del mirar”, y tiene una osada manera de experimentar con la técnica del monólogo interior. Rawet estaría más conectado con el modelo literario influido por la psicología de Jung, las llamadas novelas del “ello” basadas en sondeos oníricos, regresiones, simbolizaciones, y otros: “[...] en todo caso se trata de un plano ficcional que configura la escisión hombre/mundo en términos de regreso a la esfera del sujeto”.³⁰

Los primeros cinco cuentos de *Contos do imigrante* abordan directamente la figura del inmigrante judío; mientras los demás amplían la atmósfera de inadecuación a otros tipos de personajes marginados en la sociedad brasileña: el anciano, el negro, el pobre, el enfermo terminal. Todos ellos, representantes de voces silenciadas en una sociedad; según la visión del autor, discriminadora y sectaria, incapaz de dialogar con lo diferente. En el cuento “A prece” [La plegaria], llama la atención la manera como la voz del narrador revela el encuentro de dos mundos. Por un lado, es posible ver a través de los ojos del personaje central, Ida, inmigrante que acaba de instalarse en una de las habitaciones de un caserón suburbano (especie de vecindad) —probablemente en Río de Janeiro— y sentir con ella todas las impresiones y sensaciones de esta dura experiencia. Por otro, se halla también presente la curiosidad y el asombro de los habituales moradores frente a la extranjera. Ida se encuentra aterrada ante lo desconocido de la situación, cercada de personas extrañas, en un ambiente igualmente extraño. La mirada es construida por las impresiones que el narrador deja ver mediante la descripción del entorno físico de la casa, de las sensaciones físicas de ella, y de los sonidos.

²⁹ Alfredo Bosi, *História concisa da literatura brasileira*, op. cit., p. 393.

³⁰ Op. cit., pp. 393-394.

Después de esta obra, la presencia de inmigrantes en su ficción deja de ser tema central, con excepción de la novela *Abama* (1964). Personajes judíos aparecen en varias narraciones posteriores, pero en ellas no se tratará ya únicamente del tema de la inmigración. Degradados, vagabundos y errantes son los tipos clásicos que pueblan el universo de la ficción de Rawet; el escritor hace audible el silencio de todos los que se ubican fuera del centro del poder hegemónico, en una fuerte identificación y acción solidaria con todo tipo de marginalidad.

En los libros de cuentos siguientes: *Os sete sonhos* (1967); *O terreno de uma polegada quadrada* (1969); *Que os mortos enterrem seus mortos* (1981); y en las dos novelas: *Abama* (1964) y *Viagens de Ahasverus à terra alheia em busca de um passado que não existe porque é futuro e de um futuro que já passou porque sonhado* (1970), el escritor perfecciona y radicaliza su temática, así como sus técnicas de escritura. Sus relatos lanzan al lector directamente al centro de un conflicto interior vivido por los personajes. El diálogo como tal no existe: escuchamos pensamientos, voces interiores no pronunciadas, deseos recónditos reprimidos; pero el diálogo nunca se concreta. Su camino literario se halla fuertemente relacionado con el pensamiento filosófico de Buber y de Spinoza, a partir de quienes construyó un estilo ético-literario.³¹ El lector es llevado al centro de una tensión emotiva silenciosa y desconcertante, al centro de un no diálogo buberiano: entre un inmigrante y los nativos de la tierra nueva; entre un padre y un hijo en el choque de generaciones; entre la vida y la muerte representadas en la agonía de la última hora del moribundo en su lecho de muerte. En todo momento aparece en sus textos la imposibilidad del diálogo, su tema principal; es decir, la imposibilidad humana de comprender cabalmente al otro: la dificultad de entender lo diferente. Podemos afirmar que la tesis fundamental de Rawet radica en que los seres humanos somos siempre extranjeros frente a los demás; por ello el diálogo resulta una imposibilidad.

Como en tierra extraña. Somos todos extranjeros en nuestra propia casa. Todos emigrantes e inmigrantes, de aquí para aquí mismo. El personaje que cada uno es, representa una conquista necesaria. Conquista individual

³¹ Kirschbaum, “Ética e literatura. . .”, op. cit.

y social. Cada uno representa algo. Sólo de un acto libre nace realmente una relación humana.³²

Sin embargo, según él hay una esperanza, pues la posibilidad del diálogo existe en un “acto libre”; aunque no especifica de qué es libre. Tal vez libre de armas y amarras, de ideologías e imposiciones nacionalistas que ven en la diferencia, amenaza y peligro; libre de prejuicios, despojado de rótulos o etiquetas, un acto de acercamiento verdadero al otro, la disposición de conocer un nuevo mundo que cada ser representa. En última instancia, podemos ver en la obra de Samuel Rawet —plagada de las imágenes del silencio y la soledad— un llamado a la comprensión y al diálogo, pues no es posible querer al extraño, porque con una actitud de prejuicio ante lo desconocido, el acercamiento resulta imposible; así, el no diálogo presente en sus textos constituye el resultado del desconocimiento mutuo entre los potenciales interlocutores.

En la actualidad los textos de Rawet se han redescubierto y revalorado paulatinamente, gracias a la reedición de sus cuentos y novelas,³³ así como a nuevos estudios más justos sobre su obra. Muy probablemente ello se deba al hecho de que ahora hay un momento más favorable para la lectura de sus complejos textos, a que hay una nueva manera de leerlos, y nuevos lectores quizá más preparados para emprender la tarea. Por ejemplo, en la época de la publicación de sus primeros cuentos, era “novedoso” y “audaz” (como lo califica el crítico Alfredo Bosi)³⁴ en la ficción brasileña; hoy ya es bastante más asimilable: en su aspecto formal, la prosa introspectiva de Rawet encuentra paralelo en autores como Franz Kafka y Clarice Lispector, con los cuales a menudo se le compara.

Algunos de los aspectos temáticos de su obra (como ser extranjero, experimentar la inmigración y vivir en el exilio) también encuentran mucho más resonancia en nuestros días, en un momento en que se busca una mayor conciencia de las diferencias individuales, cuando se habla más que nunca de temas como globalización, convivencia

³² Samuel Rawet, “Homossexualismo, sexualidade e valor”, citado por Kirschbaum, op. cit., p. 169.

³³ Ibid.

³⁴ Bosi, *História concisa...*, op. cit., pp. 393, 420, 423.

armónica de las culturas, respeto al derecho de libre circulación de los individuos, así como a la alteridad. Sus textos —extraños y difíciles de comprender en la cerrada y elitista sociedad brasileña de inicios de los años sesenta— parecen adquirir ahora otros significados, muy pertinentes para el momento. No obstante, Rawet sigue siendo —objetivamente— un escritor difícil de leer; ello se debe a su propio estilo denso de escritura. El autor aprendió magistralmente el idioma de su país adoptivo y escribió toda su obra en esta lengua (que era ya su tercera, después del yiddish y del polaco). Se trata de un escritor de gran precisión gramatical, con un profundo y raro conocimiento de la lengua portuguesa. Su literatura incorpora una sintaxis compleja —a veces barroca—, con metáforas intensas y provocativas. Además experimenta con las técnicas del monólogo interior y del flujo de la conciencia, en ocasiones de modo tan radical que hacen que el lector deba esforzarse para entender de dónde salen las voces y pensamientos que “oye”; por ello su obra exige un interlocutor atento y activo.

La otra dificultad en la lectura de sus textos reside en el peso (y ésta es la palabra) de lo que narra y en el duro carácter de sus personajes, como los de sus cuentos: siempre excluidos sociales, al borde de la desesperación, de la locura o de la muerte. Rawet fue un profundo observador de las carencias y debilidades humanas; asimismo, se mantuvo atento a los conflictos sociales representados por el desencuentro entre individuos y entre clases sociales. De hecho, conflicto, angustia, soledad, desentendimiento, son emociones constantes expresadas por sus personajes, que siempre fallan en el intento vital de comunicarse con los demás. De tal modo, sus textos constituyen —más que nada— retratos del conflicto; en ellos no hay desenlaces felices: su visión del mundo es pesimista y profundamente irónica. Sumado al aspecto técnico de su escritura, los temas manejados conforman una lectura no siempre fácil y placentera, como afirma el psicólogo y escritor Ezio Flavio Bazzo: “Rawet no quiere contar cuentos. Nos quita el sueño”.³⁵

A pesar del sabor agridulce de sus textos, en ellos se descubre el mundo complejo de los que no están en el centro, los que viven en los

³⁵ Citado por Conceição Freitas, en el periódico *Correio Brasiliense* [Brasilia], 31 de octubre de 2002.

márgenes y son la excepción: la minoría, los rechazados e incompatibles; un universo emocional compuesto principalmente por los sentimientos de inadaptación, diferencia y fragilidad frente a lo central, hegemónico y poderoso. Como al otro lado del espejo, somos llevados a entender el drama de la no pertenencia, de la exclusión y de la marginación, así como el difícil rol desempeñado por quienes deben comprender y aplicar las reglas (no siempre justas) de un juego que —por supervivencia— están obligados a jugar.

C. Moacyr Scliar

Moacyr Jaime Scliar, el último de los tres escritores aquí revisados (también cronológicamente el menor, y ya nacido en el país), va a retratar sistemáticamente en su obra la cuestión de la diferencia cultural y de la asimilación del pueblo judío inmigrado a Brasil. Es el autor que en un mayor espacio temporal y más metódicamente ha trabajado sobre la historia de la migración judía hacia Brasil, la tradición judeocristiana y el intertexto bíblico. Se trata de un hábil narrador que retoma la senda de los contadores de cuentos en yiddish, y orienta su ficción hacia una cultura popular judía que se sumará a la tradición nacional (Brasil) y regional (Rio Grande do Sul).

Scliar narra temas diversos referentes a la vida de los inmigrantes, tales como las expectativas de éstos respecto de la nueva tierra (la “nueva Jerusalén”), su presencia dividida entre dos mundos y el señalamiento social al que se encuentran expuestos. En su proceso de asimilación a la cultura hegemónica (del que participarán varias generaciones de judíos brasileños), se halla —por un lado— el apego a las tradiciones (trasladadas), así como —por otro— el distanciamiento de las nuevas generaciones de la memoria judía y los preceptos religiosos; además, los tiempos políticos fueron muy difíciles para el pueblo judío en Brasil en diferentes momentos históricos. Sin embargo, el escritor siempre muestra en su obra un gran sentido del humor para hacernos reflexionar y ponernos en el lugar del otro.

Médico y escritor, Scliar nació en una familia de inmigrantes rusos. Autor de más de 70 publicaciones, su escritura es temáticamente muy variada: escribió libros en rubros muy distintos que van desde la

medicina, pasando por la historia y la sociología, hasta los cuentos, novelas y ensayos de carácter literario. Se ha hecho acreedor a los más prestigiados premios de la literatura nacional y varios internacionales. Sus libros han sido traducidos a muchos idiomas, y desde 2003 pertenece a la Academia Brasileira de Letras. Al contrario de Rawet, Scliar no es enemigo de la fama y del éxito: ha sabido usar su visión multifacética de las realidades brasileña y judío-rusa como un camino al reconocimiento tanto de su obra como de su derecho a la diferencia. Forma parte de una nueva generación de intelectuales judíos que —sin dejar de denunciar y hacer recordar— ha utilizado los medios de comunicación para difundir una imagen de éxito menos sombría y más alegre del judío, mediante vehículos como el cine, la literatura y el teatro.

A diferencia de Rawet, Scliar es un autor fácil de leer porque opta por un estilo ligero y festivo, que no llega a la bufonería; más bien se trata de un humor que —pese a tal ligereza— resulta crítico y muchas veces mordaz. La atmósfera carnavalesca de sus obras despierta la risa, pero conduce también a la reflexión. En contraposición a la obra de Clarice Lispector —quien refleja en su literatura una relación más bien ambigua y conflictiva con su condición bicultural, y esquivada la marca de escritora étnica al evitar abiertamente la temática de la inmigración—, Scliar asume orgullosamente su hibridismo cultural y hace de él su bandera literaria. La mayor parte de su extensa obra estará destinada a temas como inmigración y judaísmo. Entre las novelas de Scliar destacan *A guerra no Bom Fim* (1972); *O exército de um homem só* (1973); *Os deuses de Raquel* (1975); *Os voluntários* (1979); *O centauro no jardim* (1980); *A majestade do Xingu* (1997); *A mulher que escreveu a Bíblia* (1999); *Na noite do ventre, o Diamante* (2005); y *Manual da paixão solitária* (2008); todas ellas directa o tangencialmente relacionadas con el tema de la inmigración judía hacia Brasil, en particular, y la cultura judeocristiana, en general.

La historia de la inmigración y la asimilación cultural de los judíos que llegaron a Brasil aparece ya en su primera novela, *A guerra no Bom Fim*, el barrio judío de Porto Alegre. Este lugar —donde nació y se crió el escritor— es presentado como un gueto donde inmigrantes judíos de clase media y baja hacen frente a una vida de inicios (calcada en

penas y dificultades) en la que se mezclan y asimilan paulatinamente a la cultura local para conquistar su espacio en dicha sociedad.

Los primeros judíos que llegaron al sur de Brasil provenían de una cultura agraria; centenas de familias fueron asentadas en distantes colonias rurales con la finalidad de poblar las fronteras del sur del país e implantar la agricultura en esta región. Con el proceso de industrialización —que prometía una vida mejor en las urbes—, dichas poblaciones se desplazaron a la ciudad y se dedicaron a su vocación ancestral: el comercio. En las nuevas comunidades citadinas (como Bom Fim), el sincretismo de las costumbres rurales y urbanas, brasileñas y judías, es una realidad que parece no muy bien comprendida por todos. Los niños logran captar algo extraño en su modo de vida sin saber exactamente qué; y, en este contexto, la fantasía predomina. Viviendo bajo los ecos de la segunda Guerra Mundial en Europa —que tanto preocupaba a los mayores—, los más pequeños mezclan a los héroes de las historietas brasileñas con el legendario Golem de las leyendas judías, a los boxeadores famosos, a los nativos del lugar y hasta al mismísimo Dios: todos juntos luchan contra el enemigo alemán antisemita, sugiriendo el proceso de fusión cultural (no exento de crisis y confusiones) por el que pasaban.

En el capítulo XXII, los niños juegan a que los nazis atacan el pequeño poblado playero donde pasaban sus vacaciones. En la fantasía de Joel, el líder de la pandilla, los enemigos llegan por la playa en modernos submarinos, destinados a arrasar la aldea y —en la secuencia— a invadir y destruir el barrio de Bom Fim. El siguiente fragmento ilustra cómo estos niños judíos arman su ejército fantástico para vencer el peligro alemán:

En pocas palabras Joel les explicó qué sucedía. Al mismo tiempo hizo una pequeña prelación destinada a levantar el ánimo de sus comandados.

No lucharían solos, aseguraba. Tenían aliados poderosos.

Allá estaban, escondidos entre los médanos: el Príncipe Submarino, el Hombre de Hule y el Sombra; Sansón y Josué; el Golem. Esa figura, que tenía más de tres metros de altura, había sido creada por el Rabi Judah Löw, de Praga, en el siglo XVI, para proteger a los judíos de la saña de sus enemigos; ahora salía de su sueño secular para enfrentar a los nazis.

Discurso, teoría y análisis 29 (primavera, 2008): 79-111.

Allí estaban también los famosos boxeadores judíos: Daniel Mendoza quien, en el siglo XVII, defendió a la comunidad judaica de la Inglaterra contra la ponzoña de los antisemitas; Samuel Elias, el “Dutch Sam”, Isaac Bittoon, Abraham Belasco y Barney Aron, “The Star of the East”; y los americanos: Benny Leonard, campeón mundial de peso ligero, invicto (peleó 210 veces y sólo perdió dos), Abe Atell, *Battling* Levinsky, Barney Roos, Maxie Rosem-Bloom, Al Singer, Max Baer; todos saltando impacientes en la arena húmeda, dando golpes al aire para calentar; y el Hombre Montaña. [...] Estaban allí los americanos, los ingleses, los franceses, los rusos. Y la feb. Y los fieles “pelos-duros”, los nativos de Capão da Canoa. Y Dios.

En el despliegue de fuerzas reales, imaginarias y divinas invocadas por los niños del Bom Fim para proteger su barrio, se halla presente la confusión, el miedo y la marca de la pertenencia a dos universos culturales simultáneos: el signo del inmigrante.

En varias obras del escritor, aparece el argumento de un judaísmo en crisis frente a la asimilación constante a una cultura hegemónica local y el peso de una tradición milenaria heredada por los hijos de inmigrantes. Sin embargo en *O centauro no jardim* la cuestión de la percepción del otro y de la no pertenencia a una cultura, es puesta en escena de manera cáustica. Mediante un enredo sorprendente (repleto de presencias mágicas y mitológicas como la de los centauros y esfinges, la expresión de consideraciones históricas y políticas, una intensa crítica social y muchos excesos carnalescos), puede conocerse la doble cara del drama que representa la no pertenencia y la exclusión social. Por un lado se hallan, entonces, la autopercepción negativa (el “auto-odio”); por otro, la negación de sí mismo y un deseo enfermizo de ser parte de un club al que no podrá jamás pertenecer: el irreflexivo anhelo de entrar al grupo dominante y olvidar los disonantes orígenes.

Dueño de un humor judío que recuerda a Woody Allen, y cultivador de un realismo mágico brasileño, Scliar radicaliza las diferencias culturales y el sentimiento de estar fuera de lugar hasta lo grotesco para hacerlos decididamente visibles. Ésta es la fantástica trama de *O centauro no jardim*: en una provincia al sur de Brasil, el hijo de una pareja de inmigrantes rusos judíos viene al mundo a manera —no poco exagerada— de mitológico centauro. Guedali, el hombre caballo, vive el estigma de la diferencia. Por su forma híbrida: mitad bestia, mitad

Discurso, teoría y análisis 29 (primavera, 2008): 79-111.

humano, está condenado a permanecer escondido del mundo exterior y —al principio— es rechazado por la propia familia. Pasado el primer susto, sus padres y hermanos lo acogen, pero nunca como igual. Como buen judío, debe subordinarse a todos los preceptos religiosos: la circuncisión, el *bahr mitzvah* y la observancia de todas las fechas rituales; aunque para él tales ceremonias no terminan de cobrar sentido, pues su parte equina no las asimila del todo y —por tanto— no dejará nunca de sentirse ajeno entre los propios, sin vislumbrar la más mínima posibilidad de ser comprendido más allá de los límites del rancho familiar. En busca de una supuesta normalidad, Guedali se somete a la mutilación física cuando opta por una cirugía plástica destinada a extirpar su mitad equina. Eliminada su parte animal, tendrá una apariencia casi normal, con algunas señales que lo marcarán como exótico pero ya no estará excluido de la convivencia de los demás. Se convierte en parte de la pretendida masa homogénea que conforma (ideológicamente, al menos) el nosotros social. Finalmente es aceptado; empero el sueño de pertenencia de Guedali nunca termina de concretarse, pues en el fondo —aunque nadie más lo sepa— está consciente de que no es igual a los demás, que sigue siendo un impostor, un *outsider*. Después de observar de cerca la pretendida normalidad, Guedali —decepcionado y aburrido— toma conciencia del valor de su condición de ser híbrido; su naturaleza animal lo llama de regreso e —inútilmente— quiere volver a ser centauro. Sin embargo ya no puede: está condenado a vivir una vida imitada. No obstante —en la reflexión final del protagonista, que cavila sobre la posibilidad de convivir con lo diferente, incluso las ventajas de una naturaleza doble—, vislumbramos una señal de esperanza anclada en la conciencia de sí mismo, en el autoconocimiento y en la autoaceptación.

La narración en primera persona de *O centauro no jardim* comienza y termina en el mismo punto. Guedali cuenta su historia empezando por el presente y vuelve a ese tiempo al concluir la historia; tal circularidad puede ser leída como el deseo de eterno retorno del pueblo judío a la tierra perdida, el fin del éxodo y de la deriva. Hace recordar también el refrán judío *Lashaná habaá birushalaim Habenuiá*³⁶ (“El año próximo,

³⁶ Waldman, *Entre passos e rastros...*, op. cit., p. XXXII.

en Jerusalén reconstruida”); pero, en última instancia, la obra de Scliar puede ser leída también como un retorno a la libertad de pensamiento, la búsqueda del ser humano por su verdadera naturaleza, así como la invitación festiva a una visión más autónoma y amplia del mundo. La propuesta consiste en que para conocerse verdaderamente, hay que conocer al otro (a aquel que es diferente de mí); sólo conociéndome a mí mismo en relación con los demás, sabré quién soy en realidad, en el entendido de que una mente abierta a la diferencia no tolera fanatismos nacionalistas o mitos de hegemonía nacional.

CONCLUSIÓN

Como en todas las naciones modernas (multiculturales y multiétnicas), Brasil se ha conformado a partir de la confluencia de muchos pueblos y culturas en un mismo territorio, así como de la consecuente efervescencia de conflictos, acuerdos, desacuerdos, fusiones y rupturas que fueron modelando el semblante híbrido del país que hoy se conoce. Podemos considerar al Brasil moderno como una nación que camina (lentamente, quizás) hacia lo que Homi K. Bhabha llama un estado ideal de “derecho a la diferencia en igualdad”.³⁷ Sin embargo —antes de alcanzar dicha meta—, el país tiene que hacer frente a grandes desafíos impuestos por la enorme desigualdad social que impera en su territorio y —antes de celebrar el *melting pot* brasileño— se vuelve indispensable también hacer memoria del complejo proceso de integración nacional por el que pasó (y pasa). La literatura constituye un importante espacio de “rescate de la diferencia”. Por medio de las letras podemos apreciar diferentes voces que testimonian la construcción de una identidad brasileña multifacética y heterogénea. Entre estas voces se encuentran las de la literatura escrita por los inmigrantes: judíos, sirios, italianos, y otros.

³⁷ “El derecho a la diferencia en igualdad no implica la restitución de una identidad cultural o colectiva original (o esencial); asimismo, no considera que la igualdad consiste en una neutralización de las diferencias en nombre de la *universalidad* de los derechos, cuya puesta en vigor por los estados con frecuencia es extravasada por políticas discriminatorias”. Homi K. Bhabha, “Ética e estética do globalismo: uma perspectiva pós-colonial”, en *A urgência da teoria*, op. cit., p. 34.

En la voz de los tres autores aquí estudiados —que de ninguna manera podrían ser etiquetados como escritores “étnicos”, “de la inmigración”, “de la diáspora”, “del exilio”, pues sus obras van mucho más allá de una mera literatura temática—, encontramos la memoria y la resistencia de un pueblo que es parte indisociable del Brasil de hoy. Los escritores aquí tratados tienen estilos literarios y experiencias de vida muy distintos que marcan su escritura, pero tienen en común la representación de la experiencia de ser el otro. En la elaboración estética de personajes a menudo fuera de lugar: desplazados, desubicados y perdidos en la eterna búsqueda interior de una identidad única y conciliadora de su ser fragmentado de Clarice Lispector; o en el silencio, en la inadecuación y en el no diálogo del mundo de los inmigrantes construido por Samuel Rawet; o en el humor y en la irreverencia con que Moacyr Scliar recrea el universo de la segunda generación de inmigrantes, es posible leer las entrelíneas de la historia de la inmigración judía en Brasil y entender la posición del inmigrante, narrada con voz propia y desde otra mirada.